

DOMINGO 1.º DE MARZO DE 1868.

REVISTA DE LA SEMANA.

Los que frecuentaron durante los cuatro días de Carnaval el Prado, los salones del Real y de Capellanes, nos han dicho que llamaba poderosamente la atención de las innumerables personas que llenaban aquellos sitios una máscara singular por la extrañeza de su atavío y lo repulsivo y desagradable de su aspecto.

Esta máscara se hallaba á la vez, y á todas horas, en todos los sitios donde la natural expansion de aquellos días reunia algunos centenares de individuos, dispuestos á divertirse con la mejor voluntad del mundo. Todos la vieron y callaron. Cuando la máscara en cuestion pasaba, la muchedumbre le abría paso instintivamente, apartándose todos como si temieran su contacto. Nadie le hablaba, ni hablaba ella á ninguno. A su vista todos enmudecían, dando tregua por un rato á la burla festiva, y á la charla mordaz, propia de tales días. Un observador sereno, á quien el aspecto de la máscara no hubiera podido admirar ni estremecer, podría explicarnos perfectamente los detalles de la escena que se repetía sucesivamente en toda la carrera carnalesca del Prado, y despues por la noche en todo lo largo del salon del teatro. Pero ¿quién podría observar sereno semejante figura? Trataré de describírosela, y si conocéis la persona ó cosa que bajo aquel disfraz se ocultaba, tendreis la bondad de decírmelo, en la seguridad de que seré prudente y no divulgaré el secreto.

Era una cosa alta, escueta, blanca, descarnada. Imposible era conocer exactamente sus formas: un ancho traje talar le cubría desde el cráneo hasta los pies, sin mas abertura que la determinada por el óvalo del rostro, que era repugnante y horrible. Imposible era también decir si su cara era antifaz ó verdadera cara; si las contracciones de su fisonomía se debían al grotesco cincel de un fabricante de caretas, ó si pertenecían por el contrario á la persona en que se observaban. El espanto que la figura infundía, no permitía detenerse mucho en el análisis. Aquel rostro era tan flaco, que bien hubiera servido para modelo en cualquier clase de anatomía. Figúraos un cráneo al cual se hubiera sobrepuesto una tela sutil y trasparente. Su color era amarillo, de un amarillo mas fuerte que el de la ictericia. Ni un pelo crecía en su cabeza, si en su rostro, sin duda por falta de sávia con que nutrirse. Aquel ente no tenía sangre, bilis corría por sus venas: en sus sienas se veían profundamente marcadas algunas de estas, que se ramificaban por la frente y el cuello, llenas al parecer de ocre deluido ó de azufre en infusion. Cualquiera hubiera temido acercarle un fósforo, porque parecía que iba á arder y chisporretear como una mecha de pez.

Sus pómulos eran muy pronunciados, redondos y brillantes, determinando á un lado y otro la profundidad de los carrillos, que se componían de una piel cartilaginosa hundida hasta lo profundo de la boca. Sus dos mandíbulas se reunían en una hendidura sin labios, ostentando al descubierto las dos filas de dientes, cuyo esmalte blanco y resplandeciente como cristal contrastaba con la piel seca, apérgaminada, amarilla del rostro. Sus orejas se enderezaban rígidas y aplanadas, sirviendo como de enganche á los blancos paños que desde la cabeza le

bajaban hasta los pies. Su nariz que de frente aparecía perfectamente determinada en dos enormes agujeros, no se distinguía de perfil. Sus ojos brillaban en lo mas recóndito de sus huesos: eran dos pequeños triángulos de luz azulada. Nada de la forma ordinaria de ojo humano.

Parecía mas bien que tenía el cráneo agujereado, y que por los taladros se veía la luz de la parte posterior: estas dos chispas de luz miraban de una manera que daba espanto y escalofrío. Había en esta mirada, salida de lo mas profundo del cerebro, una expresion horrorosa é indefinible. Proyectaba un rayo de luz cárdena y triste como la luz del azufre, y el objeto en que esta luz caía, quedaba por un buen espacio de tiempo envuelto en un siniestro resplandor. Ya hemos dicho que era imposible describir las formas de su cuerpo: lo único que se puede decir es, que al moverse, el largo ropaje se replegaba hácia dentro y se reducía á breve espacio, como si el cuerpo no fuera mas que un esqueleto. Angulos muy marcados se determinaban en sus hombros, en sus rodillas y en sus codos: el paño se recogía sobre un hombro á manera de embezo, y junto á la orla que tocaba al pecho asomaban, sujetando aquel embezo, cinco dedos, ó cinco huesos puntiagudos y descarnados.

Andaba lentamente, se paraba, movía en derredor la cabeza describiendo con la luz fosforescente de sus ojos un círculo, en el cual la multitud se detenía con espanto. Todos lo vieron. Todos han hablado despues de esta aparicion incomprendible. ¿Quién era? ¿Qué era?

* *

¡Jesús, qué miedo!

«Basta ya de máscaras sepulcrales. Ya pasó el tiempo de la literatura fosfórico-terrible. Deje usted la luz de azufre para iluminar los mal embadurnados telones de un teatro de aldea. Cuando cojo este periódico y lo leo, esperando encontrar en él una reseña de los acontecimientos festivos de la semana, algun artículo de inocentes y picarescas costumbres, alguna gacetilla mordaz, me viene usted con esos trozos del género romántico-insoportable, con ese *clair de lune empaillé*. Hombre: por amor de Dios, tenga usted juicio, y déjese de imágenes y cuadros del género churrigueresco.»

La reprension que el lector me dirige desde lo alto de su augusta cátedra de suscriptor y público, me hace arrepentir de aquellos esos melodramáticos. Renuncio á las detenidas y minuciosas investigaciones que me proponía hacer sobre el significado y el sentido simbólico de aquella máscara; pero en cambio espondré los diversos y curiosísimos comentarios que los que la vieron han hecho de su aparicion y aspecto.

* *

—Es la Muerte, decía un pesimista, señor entrado en años, pobre de oficio, gordo de cuerpo, sentimental de espíritu y linfático de temperamento. ¿No veis su rostro cadavérico, sus mandíbulas tomadas de orin por la falta de movimiento? Sí: es la representacion de la Muerte, que viene á interrumpir nuestra bacanal; es su símbolo, que viene á turbar nuestra alegría. Si señores: convenceos, es lo que os digo.

—Es el Liberalismo, dijo un absolutista, que á la sazón y como por casualidad se hallaba en aquel sitio; hombre de santas costumbres, que ostentaba su casta é impecable humanidad perfectamente adherida

á un leviton del tiempo de Calomarde y á un sombrero que hubiera adornado con singular donaire el pelado cráneo del Filósofo Rancio. Sí: es el Liberalismo. Ved su mirada horrible é incendiaria, ved la expresion de su rostro, en que se pinta el odio y el deseo de esterminio. Detrás de ese vestido mortuario se mueve la extraordinaria fuerza muscular que levanta las barricadas y derriba los templos. Es el Liberalismo asolador, infernal, patibulario, sangriento, etcétera, etcétera, etcétera.

—Es la Oposicion, dijo un ministerial, apacentado en las verdes y aljofaradas campiñas de *La Ley*; es la Oposicion, ¿no veis su mirada insidiosa, expresion del ataque sistemático; no veis su orgullo nunca aplacado, su rencor nunca satisfecho; no veis su sonrisa sarcástica, su ademán horriblemente astuto? No os quede duda: es la Oposicion, la Oposicion tenaz, constante, perenne, etcétera, etcétera, etcétera.

—Es el Libre Exámen, dijo un neo monumental, especie de púlpito ambulante, de voz estentórea, cara cuadrada y grasienta, gorro en forma de apagador, y levita que en su color verdoso y mugrienta superficie demostraba haber desafiado la injuria de las edades. Es el Libre Exámen, personificado en esa amarilla imagen de la muerte. ¡Qué penosa y fría impresion produce su aspecto! Es la imagen de aquella idea que arruina el mundo, y degrada la inteligencia, y desbarata las sociedades.

—Es el Absolutismo, dijo un liberalazo de tres pies y medio, ser microscópico de cuerpo y atroz de espíritu, de voz atiplada y nariz en forma de panecillo, vestido con enormes cuellos, flamante chaleco y zapato puntiagudo. Es el Absolutismo. El fuego de esos ojos es el mismo que encendió las hogueras en otro tiempo: mirad cómo se pavonea orgulloso. Es el Absolutismo, tiránico, arbitrario, despótico, etcétera, etcétera.

—Es el Galiparlismo, dijo un académico de la lengua, hombre grave, áticamente gracioso, graciosamente inaguantable, ente olímpico, de gran reputacion en los altos círculos, buen gastrónomo, exacto en el comer, nimio en el vestir, infinito en el hablar, prolijo en críticas y prólogos, en discursos y apuntaciones. Sí; es el Galiparlismo, esa lepra del lenguaje, ese azotador del sentido comun, ese que por tantos y tan diversos modos mas que otro vicio alguno á nuestra patria en mala hora y no derechamente sino en torcidas sendas vino.

—Es el Alza, dijo un jugador á la baja, persona estimable por todos conceptos; grave autócrata del dinero, á quien vereis guiar su propio carruaje con todo el énfasis de un cochero simoniano.

—Es el Incendio, dijo un jefe de sociedad de seguros contra idem.

—Es la Vida, dijo un jefe de sociedad de seguros sobre la idem.

—Es la Homeopatía, dijo un alópata.

—Es la Alopátia, dijo un homeópata.

—Es la Epidemia, dijo un aprensivo.

—Es la Salud, dijo un boticario.

—Es el Proyecto de supresion de corridas taurómacas, dijo un aristocrático discípulo del Tato.

—Es la Langosta, dijo un agricultor.

—Es la Guerra, dijo un industrial.

—Es la Paz, dijo Mr. Chassepot.

—Es la Rusia, dijo un polaco.

—Es el Inglés, dijo un feniano.

—Es el Acreedor insolvente, dijo un inglés.

—Es el Sentido comun, dijo *La Regeneracion*.

—Es un Mamarracho, decimos nosotros, y soste-

busque no será posible encontrar caracteres góticos ni mozárabes. Es un soberbio ejemplar de la sombrerería moderna, que podrá ser dentro de mil años objeto de profundas disertaciones académico-arqueológicas, pero que hoy tiene todos los caracteres de la novedad mas vulgar. Cuando nuestro personaje habla, os acordais de aquellos versos de Iriarte, que dicen:

En una catedral una campana habia
que solo se tocaba en un solemne dia.

Por lo demás, esta figura poco ofrece de particular en su exterior. Considerada científicamente ya es otra cosa.

Mucho tendríamos que escribir si fuéramos á narrar su vida, á enumerar y juzgar cada una de sus obras. El carácter principal de estas, lo que las recomienda, lo que las hace importantísimas para la ciencia y las letras, es la erudición. Leed, ó mas bien hojead su *historia de Madrid*, y encontrareis una inagotable riqueza de noticias, de datos y citas de todas clases. Leed, mejor dicho, empezad á leer su *Historia crítica de la literatura española*, y allí vereis cómo resplandee la facultad investigadora de Amador, cómo se manifiesta ese genio de los apuntes y de los datos, que es una especie de genio como otro cualquiera, si señor.

Este libro que acabamos de citar es una prueba de lo que puede la paciencia investigadora de un solo hombre. Parece que á una voz suya, especie de conjuro, salen de la oscuridad los documentos, los códices, los anales, los cronicones, los epistolarios, los manuscritos, las tabletas, todo lo que puede espesar y contener lo antiguo. Ejemplos notables hemos visto de erudición razonada, de compilación sistemática; pero este almacenaje intelectual es un trabajo, cuyo secreto pertenece tan solo á Amador de los Rios.

La obra tiene un defecto, y defecto grave: es que no está concluida, y según algunos dicen no se concluirá. Tal como hoy la conocemos, es un monumento que no ha pasado del primer piso. No sabemos lo que vendrá despues. Su fin es un misterio indescifrable; su continuación un mito. Aquella aglomeración de papeles, datos y noticias, repetidos con espantosa exuberancia, y pareciendo como si se engendraran unos á otros, es cosa que no podemos apreciar en lo venidero. Leyéndola se comprende lo infinito.

Por lo demás, la *Historia crítica de la literatura española* es un excelente libro bajo el punto de vista de la forma literaria y del estilo. Además de la gran enseñanza que prestará por los inagotables caudales de erudición que encierra, servirá también como modelo de buen decir y de exposición razonada y científica.

Amador de los Rios es apasionado hasta el frenesí de las cosas antiguas, de los objetos de arte, que hoy se nos presentan desfigurados por el tiempo. El edificio medio derrumbado, el arma enmohecida, la moneda desfigurada, la inscripción ilegible, el pergamino roto, son objeto de su especulación de sabio y de su amor de artista. Toda su actividad física y corporal se reduce á añadir nuevos materiales á la historia, á enriquecer los tesoros de la arqueología española. Por esto su pasión llega hasta el delirio. Una vez parece que se descubrió casualmente un curioso sepulcro en Toledo: Amador montó en cólera porque se había hecho el descubrimiento sin estar él presente.

De sus frecuentes viajes á la imperial Toledo ha resultado un librito (hablando de Amador se llama librito á un *infolio*) que estiman y conservan todos los amantes del arte. Allí donde hay recuerdos, monumentos y papeles viejos, allí está nuestra figura. Su último viaje ha sido de la Universidad al nuevo Museo arqueológico, y según noticias, parece que ha hecho la travesía con singular satisfacción y felicidad. Sea enhorabuena.

PASEOS POR MADRID.

¡Qué bonita es la calle del Arenal! Ancha, es decir, casi ancha, casi recta, con muchas casas nuevas y varios rincones y protuberancias, presenta un bello aspecto, muy diferente, en verdad, del que en otro tiempo ofrecía. Es el paso de carruajes para el Teatro Real, estación del ferro-carril del Norte, Senado y otros varios puntos importantes; mas para abrirla ha sido preciso enterrar muchos, muchos millones, cuyo solo recuerdo agobia á la Villa.

Era en época no lejana un callejón estrecho, tortuoso y de pobre aspecto; mas las casas jorobadas y mugrientas que allí había, supieron resistir los golpes de tal manera, que solo con picos de oro fué posible hacerlas pe-

dazos. Aun queda mucho que hacer. El paredón de Oñate sigue resistiendo, y resisten también algunos otros edificios, entre ellos el ex-convento, ex-cuartel de milicia, ex-gobierno de provincia y ex-bodega de San Martín.

¡Cuántos proyectos ha habido sobre este viejo y ruinoso caserón! Cuando la espropiación general de manos muertas, reservóse el ministro de la Gobernación el tal convento, y despues de consagrarle á diversos usos, quiso derribarle, para levantar en el vasto solar un edificio en que cupiesen todas las oficinas provinciales.

Cada corporación dió su informe y designó la parte de local que necesitaba, hallándose despues de todo que no bastaba el terreno para los salones, gabinetes, pasillos y dependencias de sus oficinas.

En tal estado, el ministerio de la Gobernación cedió, vendió ó endosó el caserón al de Hacienda, para que este pudiera construir un palacio con destino á Dirección de la Deuda, Bolsa y Tribunal de Comercio. Otro proyecto cuya realización no corre prisa.

Frente al ex-convento se han edificado muy buenas casas, y entre ellas la del número 17, que apesar de estudios, planos y líneas quedó inclinada, porque según parece, la casa mas difícil en las construcciones de Madrid es trazar una recta. Obedece en esto la Villa á la tendencia general de la naturaleza, que, como dijo no sé quién, tiene horror á la tal recta, prefiriendo siempre la curva.

No habreis visto jamás en el campo un sendero derecho; ni la hoz y la lluvia nos hieren perpendicularmente, ni la tierra hace sus jornadas en el espacio por camino recto. ¿Cómo, pues, habia de ser posible que en los trazados de Madrid se prescindiese de esa condición del mundo?

Pasando la calle de las Hileras, damos con otra casa muy grande y muy pequeña, de estensa fachada y fondo escaso, y junto á ella uno como corral que ni aun sirve para vertedero. Sobre la casa y corral han mediado largas cuestiones, y hasta el Congreso de diputados hubo de conocer del asunto siete u ocho años hace.

Ni la interpelección ante la Cámara, ni los esfuerzos de todos los gaceticeros de los periódicos han conseguido que el solar deje de serlo; solar cuyo fondo es del dueño de la susodicha casa, pero cuya fachada parte de otra finca que antes del ensanche de la calle estaba por delante, pertenece, no sabemos si al Ayuntamiento, ó á un tercero que tuvo el mal gusto de comprarla.

Frente á la calle del Arenal se ve el Teatro Real, cuya principal fachada conserva y conservará por algunos años las huellas del incendio.

Esto no obsta para que por entre los muros ahumados de aquel que llaman templo del arte, penetre esta noche una masa de seis á ocho mil personas, ávidas de bailar, chillar, comer, beber y entregarse á la última locura del Carnaval, con la esperanza además del premio de 25 onzas de oro. ¿Quién de los que atraviesen á las doce de la noche la plazuela de Isabel II se acordará de echar una mirada á la estatua de la Comedia que se alza entre jardines, no sabemos por qué, frente á la inmensa saturnal llamada Piñata? En verdad que lo que dentro del edificio pase, será la mejor comedia de cuantas se representan en los teatros de la corte, la mas animada, de mayores incidentes y mas verosímil.

La otra fachada de este templo de Epicuro, fachada con niños y otros atributos de la inocencia y la pureza, cae á la que con ser la mas estensa de Madrid se llama plazuela de Oriente, ó del Oriente, que de ambas maneras se la designa en los rótulos. Pero dispensen nuestros lectores que suspendamos nuestra correría; pues cediendo al universal deseo, nos quedamos á pasar la noche en el baile de Piñata.

EL PASEANTE EN CÔRTE.

CUADROS DE LA VIDA SOCIAL.

UN SABIO EN EL GRAN MUNDO.

(Conclusion.)

En esto, ha concluido el baile; Rosa toma el brazo de Andrés, y este, que persiste en su proyecto de decirle algo agradable, esclama al dejarla en su asiento:

—Mil gracias, señorita; baila usted como Terpsicore, y es tan bella como Afrodites.

Rosa responde con una inclinación joco-seria, y en seguida se pone á hablar en voz baja y á reír alegremente con sus amigos:

Andrés permanece un rato de pié delante de ella, la

mira con ademán receloso, como quien teme con razon ser objeto de aquel júbilo inusitado, quiere decir algo mas, registra en vano su torturado cerebro, da algunas vueltas á su sombrero entre las manos, y por fin se dirige al gabinete, lleno de enfado consigo mismo.

Allí están en animado diálogo varias personas, entre ellas algunos conocidos suyos, que le saludan con sorpresa diciéndole:

—¡Hombre, tú por aquí!!!

Mézclase entonces en la conversacion de aquellos cuyo insustancial trato desdeñara fuera de allí, y que ahora busca con avidez, y les pregunta:

—¿Habeis estado en el Ateneo? ¿habeis oido el discurso de...?

—No; conque como te iba diciendo, contesta uno, el chaleco es ahora de tres botones nada mas.

—¿En qué te ocupas? pregunta Andrés á otro.

—Chico, en divertirme y hacer el amor; ya sabes que ha sido esa siempre mi vocación.

—Pero ¿y de trabajos serios?

—Mira, déjate de eso para cuando salgamos de aquí. No nubles ahora nuestra felicidad. Oye tú, Luis, cuéntanos alguna aventarilla piente, de esas que tú sabes.

Al cabo de algun rato, Andrés cansado de aquella insípida conversacion, vuelve á la sala en ocasión que están sirviendo el té. Apresúrase á coger una taza para ofrecerla, y la deja caer sobre el vestido perla de una señora.

Apenas acierta el jóven á balmear alguna escusa, y corre enseñuila al otro extremo de la habitación, como si quisiera huir desesperadamente del sitio y del cuerpo del delito.

A poco, la señora de la casa pasó cerca de su lado, y le dijo con la afectuosa sonrisa de siempre:

—¿Usted no canta?

—¡Oh! no señora, contestó Andrés, como quien se acusa de un gran delito.

—¿Ni toca siquiera para bailar?

—Tampoco. Lo siento en el alma. Crea usted...

—¿Ni baila?

—¡Lo hago muy mal!

—Vamos, veo que es usted muy poco animado, dijo retirándose la marquesa.

Lo de «muy poco animado», traducido del idioma de los salones al castellano corriente, queria decir: «Es usted un ente muy inútil y muy tonto, y no sé por qué ha parecido por aquí.»

Así lo comprendió Andrés poco mas ó menos; y para no sufrir otra cariñosa indirecta como aquella, volvió á eclipsarse en el gabinete, por el cual comenzó á pasear enteramente solo.

Por fin, cansado de su ejercicio y sin saber ya qué hacerse, llegó de nuevo al salón, apoyóse en el dintel y fastidiado y lleno de intimo descontento, se puso á observar atentamente cuanto tenia delante.

Parécete entonces que algo semejante á una vaga nube le separa del espectáculo que contempla, dejándolo reducido á mirar é incapaz de tomar en él una parte activa. Llega hasta su lado el punzante aroma de aquella atmósfera resplandeciente de luz, empapada en mollicie voluptuosa, henchida de risas, de frases entrecortadas, de olvido y de felicidad exuberante. Ve allí á los jóvenes elegantes cruzar sin descanso de una parte á otra (no me atrevo á decir como mariposas, por lo gastado de la comparación), recoger en todas sonrisas y palabras lisonjeras, y hacer, en fin, alarde satisfecho de un talento singular, terrible, hasta entonces desconocido para nuestro jóven; el de no decir nada y entretejer y encantar sin embargo con sus palabras.

Observa también á aquellas bellas jóvenes, delicadas como la flor que se iergue en su tallo y se balancea, vaporosas como una ráfaga de ambiente perfumado, llenas de alegre y juguetona coquetería, que han sido el sueño constante de su vida, con aquella mezcla de pudorosa altivez y de muelle abandono, con aquel lujo deslumbrador, con aquel escote pródigo en promesas, con aquel cutis blanquísimo y aterciopelado, con aquellos encendidos labios, arqueados provocativamente, con aquella distinción y arrebatadora gracia en todos sus movimientos. Las ve inclinarse cariñosamente hácia los que las hablan, y suspender la mirada de sus labios, y sonreírlos y acariciarlos con sus dulcísimos ojos, y electrizarlos con la armoniosa música de sus palabras. Sí: aquellos jóvenes, que tan poco valen, que tantas veces ha mirado él con desden al encontrarlos en otras partes, disfrutan en aquel momento del placer mas celestial y mas supremo que puede imaginarse; reciben una tras

otra, tranquilos y hasta con indiferencia, como quien está acostumbrado á ellas, aquellas olas de miradas enloquecedoras y de deliciosas frases de simpatía, de afecto y aun de ternura, por cada una de las cuales el pobre Andrés hubiera dado de fijo su existencia entera.

Y él entretanto allí está solo y olvidado; nadie se ocupa ni de decir: «Calle, allí hay un hombre.» Ni una ojeada, no ya amable, sino benévola siquiera, viene á confundirse con sus miradas. Nada es, ni nada representa en aquel concurso. Ha sido solo una nube que cruzó errante por aquella limpida atmósfera, y que fué corriendo á ocultarse avergonzada. Aquel es un mundo muy distinto del suyo, y en el cual ignora hasta el idioma. ¿De qué le sirve haber pasado su ridícula vida estudiando sin descanso, si ahora no puede dirigirse á ninguna de aquellas hermosísimas mujeres, que codicia ya con ahínco como el fruto del árbol del Paraíso, sin aburrirlas y casi inspirarlas risa? ¡Y dicen por ahí que tiene talento! ¡Qué disparate! ¡Talento, y no sabe decir una frase, ni tener una buena conversación, ni interesar dos minutos á una mujer! ¡Talento! ¡qué sarcasmo! Está visto. Es un estúpido en toda la extensión de la palabra.

Y mientras así pensaba, figurábase Andrés que el suelo que pisaba se iba hundiendo lentamente, y elevándose por lo tanto á sus ojos el salón con todos los que en él estaban, y al mismo tiempo la furiosa indignación que sentía contra sí mismo, se hacia cada vez mas ostensible en su semblante, abrasábase sus sienes, y sus ojos querían cerrarse poco á poco. Creía tener sueño.

—Estoy poniéndome en ridículo, pensó de pronto.

Y con un brusco movimiento fué á sentarse á una butaca que había en el gabinete de espaldas á la sala, de donde ya no quiso moverse en el resto de la noche. Todas las repetidas tentativas de Salazar por sacarle á bailar, fueron inútiles. Hasta la asustaba que le propusieran que se moviese de aquel sitio.

Por fin llegó la hora de marcharse, y Andrés se despidió como pudo de la marquesa, y enseguida, cogiendo su gabán echó á correr hacia la puerta y bajó las escaleras precipitadamente, como si temiera oír las risas y las burlas de los que detrás quedaba.

III.

EPILOGO.

Andrés estuvo toda aquella noche desvelado y de mal humor.

A la mañana siguiente hizo el resumen de las impresiones recibidas en el baile, y se encontró con lo siguiente:

Mucho miedo.

Mucho mas aburrimiento.

Muchísima mas ridiculez.

Una taza de té vertida.

Un vestido roto.

Un siglo de sufrimientos.

Y una ilusión menos en su libro de cargo y de data.

Por todo lo cual exclamó arrojándose de la cama:

—Estoy resuelto: no vuelvo en mi vida á ningún baile.

Y el resto del día se entretuvo con todos los que quisieron escucharle en los obligados científicos denuestos contra los salones y contra todos los necios que los frecuentan.

IV.

MORALEJA.

Decididamente, en el gran mundo no hay tontos tan tontos como los sabios.

COROLARIOS. I.—El sabio que quiera vivir en él, necesita comenzar por olvidarse de que lo es.

II.—La ciencia del mundo se cursa experimentalmente en la Universidad de la vida. Solo despues de haber recibido muchas lecciones, es cuando se la va poseyendo poco á poco.

He dicho.

EMILIO NIETO.

SALA DE VARIOS.

La comision de escritores nombrada por la junta que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid el domingo 9 del corriente, para formar y someter á su deliberacion un proyecto de estatutos, terminó su redaccion y dispuso que se imprimiera el día 17, ocho antes de concluir el plazo que la junta le señaló para desempeñar su cometido. Causas ajenas á su voluntad han retardado, sin embargo, la impresion, y por tanto se ve la comision en

la necesidad de aplazar la reunion que hubiera podido celebrarse hoy, al domingo próximo.

Para ese día la comision, obtenido al efecto el permiso del señor gobernador de la provincia, cita y convoca á todos los señores que asistieron á la mencionada junta del 9, así como á los demás que se han adherido á su propósito, y á mayor abundamiento á todos los profesores y amantes de las ciencias, las letras y las bellas artes, esperando que se sirvan concurrir dicho día, á la una en punto de la tarde, al Ateneo de Madrid, calle de la Montera, para proceder á la discusion del proyecto de estatutos.

Impresos estos ya, se distribuyen ejemplares de ellos en la conserjeria del Ateneo á todas las personas que lo reclamen, sirviéndose al mismo tiempo dar allí su nombre y las señas de su domicilio.

* *

—Anoche con don Pedro en el café tuviste una querrela.

—Me tiró una botella manchando mi gabán de *marrasquino*.

—La ofensa ha sido grave, y esa mancha es preciso que se lave.

—Lavada está.

—¿Qué has hecho?

—Abandonar de madrugada el lecho y ardiendo de coraje tomar un carruaje....

—El cual os llevaria de contado á algun sitio apartado

donde batir el cobre á vuestras anchas.

—Estás equivocado.

—¿A dónde fuiste, pues?

—Al quita-manchas.

* *

En Georgia ha caído una nube tal de pulgas, que al decir de los periódicos de aquel Estado, es imposible vivir en medio de los tormentos que hacen sufrir.

—Será curioso ver un país así, exclamó uno el otro día en un café.

—¿Pues á que no saben ustedes qué es lo mas extraño que hay en ese suceso? preguntó otro.

—Sepamos.

—Muy sencillo. Que siendo como es una plaga, no la tengamos ya por aquí.

—Perdone usted, repuso un tercero; la plaga existe ya hace tiempo; la única diferencia que hay es que aqui los animalitos son mucho mas grandes.

* *

Segun nos escriben de Paris, acaba de verificarse allí un suicidio, cuyo motivo, aunque muy justificado, no deja de ser original.

El Sr. X... tenia la costumbre de ir todas las noches al café á charlar un rato con sus amigos. Esto contrariaba en extremo á su mujer, la cual pensando que así le haria perder este vicio, dió en la maña de ir á buscarle á la mesa en que se encontraba y reprenderle delante de sus compañeros.

Siempre que tenia lugar semejante escena, X... se avergonzaba y callaba, porque su carácter dulce y pacífico no le permitia armarla públicamente con su importuna esposa. Muchas veces, sin embargo, la habia dicho tristemente:

—Eres causa de que los amigos se burlen de mi y me pongan en ridiculo porque no sé resistirte, y muchas noches me cojes de la mano y me obligas á ir á casa detrás de ti como un cordero. Deja esa locura, mira que sino, esto va á concluir mal.

La señora de X... no le hacia caso, y seguia yendo á buscarle al café como si tal cosa no oyera.

El otro día el esposo mártir la dijo:

—Querida mia; te aseguro que has venido hoy á buscarme por la última vez.

A la mañana siguiente, la policia se encontró al señor X... ahorcado de un árbol en el Bosque de Bolonia. En el pecho tenia un letrero prendido con alfileres, que decia así:

«Ahorcado por la terquedad de mi mujer.»

* *

DOLORA.

ELLA. Juntos, de amor el bien hemos gozado con loco frenesí...

ÉL. Juntos tambien nos hemos fastidiado, yo de tí, tú de mí.

ELLA. Me regalaste traje sobre traje, gastándote un caudal...

ÉL. Yo he tenido mis rasgos de salvaje como cualquier mortal.

ELLA. Hoy sentirás perder esta Enriqueta que tu delicia fué...

ÉL. Siento mas no tener una peseta para tomar café!

* *

—D. Fermin, soy muy desgraciado.

—¿Pues qué sucede?

—Que no sé cómo remediar las faltas de mi mujer.

—Sí, hombre. Pues eso es bien fácil. Tome usted los cacexos de la mia.

* *

—¿Ha muerto, D. Liborio?

—Sí señor.

—¿De qué murió?

—De amor.

—Pues qué, ¿de amor se muere? ¡Desatino!

—Es que el amor que tuvo era muy fino.

* *

A.....

Contádome han de tí ya mas de un hecho

No sé si con justicia ó por encono,

Y aunque estos nada aleguen en tu abono,

Protestas de tu amor me han satisfecho.

No me dirás que de tu amor sospecho,

Que á enemigas calumnias me abandono;

Ni tú pides perdon, ni yo perdono,

Que ausente está la duda de mi pecho.

Ves que soy para tí mar de dulzura,

Y repites sin tregua que me quieres

Con pasion, con delirio, con locura...

No me importa saber lo que tú fueres,

Porque mientras me halague tu hermosura,

Has de ser la mejor de las mujeres.

Solucion de la charada anterior.

GRANADA.

* *

CHARADA.

Con mi prima le contesto

en demanda judicial,

en aquella conocida

fórmula de: no há lugar.

Aprendieron la tercera

en escuela elemental,

Paco Quevedo en España

y en Alemania Mozart:

el primero en la cartilla

y el segundo en el compás.

La segunda y la tercera

ya desterrándose va

en el siglo de las luces,

por ser del vapor y el gas;

y mi todo disfrazado

de francés, ó de a eman,

es á veces D. Quijote

y otras veces un Gil Blas.

SANTO DEL DIA.

Santo Angel de la Guarda. CULTOS. Se gana el jubileo de las Cuarenta Horas en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha.

ESPECTÁCULOS.

REAL.—No hay funcion.

PRINCIPE.—A las cuatro.—*El memorialista*.—*Don*

Esdrijuelo.—*El médico á palos*.—A las ocho y media.—

La levita.—*Escuela normal*.

ZARZUELA.—A las cuatro y media.—*El Juramento*.

—A las ocho y media.—*El marqués de Caravaca*.—*Ca-*

sado y soltero.—*La casa de abates locos*.

NOVEDADES.—A las cuatro y media de la tarde.—

La Cabaña de Tom.—A las ocho y media.—*La Huérfa-*

na de Bruselas.—*Mentir con suerte*.

BUFOS.—A las cuatro y media.—*La isla de los Por-*

tensos.—A las ocho y media.—La misma de la tarde.

CIRCO DEL PRINCIPE ALFONSO.—A las dos de la

tarde.—Primer concierto por la sociedad de profesores,

bajo la direccion del Sr. Barbieri.

Este concierto será honrado con la asistencia de

SS. MM. y A.

NUEVA INFANTIL.—(Carretas, 14).—A las cuatro

y media.—*La Caridad*.—*Las tres gracias*.—*Un recluta*

infantil.

CAPELLANES.—Gran baile de Piñata, de once de

la noche á seis de la mañana.—Obsequio de 12 onzas

de oro.—Billete de caballero, 14 rs.; id. de señora, 8

Editor responsable, D. JOSÉ GARCÍA.

Madrid.—1868.

Imprenta de Faraldo y Pastor, Fomento 18.

nemos esta opinion ante todos los que han dicho otra cosa.

Si al fin se describe el nombre y significacion de aquella máscara, nos apresuraremos á participárselo al lector, en la confianza de que no abusará del secreto.

B. PEREZ GALDÓS.

TEATROS.

Día de mucho, vispera de nada. Aquí nos teneis llamando á vuestra puerta para haceros la acostumbrada visita dominical, sin tener nada de que hablaros, porque esos espectáculos parciales que se llaman teatros han permanecido mudos ó repitiendo piezas antiguas, sin duda para dar lugar al espectáculo total y enciclopédico que se ha desbordado estos días por las calles de la capital, para dejar paso á Madrid entero que se ha buscado, perseguido y arremolinado, con el único objeto de reirse de sí mismo.

Aquí nos teneis, pues, empeñados en hacer una Revista que no puede hacerse, á la manera de un general que quiere examinar uno á uno los soldados que no tiene, ó de un misero mortal que busca en un cajon vacío todo el dinero que le falta.

Tarea absurda, contradictoria, anómala, inverosímil, todo cuanto queráis; pero que sin embargo no podemos menos de acometer, salga lo que saliere.

Empecemos por dirigir una rápida ojeada á nuestros teatros, que se han parado rendidos de cansancio como si en las calaveradas de la semana pasada hubieran agotado su último esfuerzo, observemos su tenaz *statu quo*, y así, con afirmar que no podemos decir nada, habremos dicho algo por lo menos.

* *

En el teatro del Príncipe han continuado las representaciones de *El primo y el relicario*, comedia llamada en otro tiempo de figuron y de brocha gorda; pero que hoy, gracias á los esfuerzos de los bufos y demás regeneradores del arte, aplaudimos de buena fé y nos parece una obra artistica acabadísima por lo ingenioso de su plan y la originalidad de sus ocurrencias. Ya lo estais viendo; atreveros ahora á negar que no hay mal que por bien no venga.

En la Zarzuela ha proseguido hasta hace poco *La cómica-manta*. Mas para desgracia de la obra, cansáronse muy pronto sus detractores, dejaron de exorcizarla y la comedia desapareció de los carteles. Dios nos depare, cuando escribamos un drama, unos enemigos mas tenaces y mas encarnizados que estos.

En los Bufos continúa *La isla de los portentos*, es decir, el eclipse del poeta por la maquinaria, las transformaciones y los telones supletorios. Apartemos de allí la vista á toda prisa y dejemos este teatro, convertido, á juzgar por el diminuto público que le llena, en un rival terrible del juego del peon y de las cuatro esquinas.

Novedades justifica su título de un modo delicioso. Cuando no repite todo lo que se ha representado en el teatro de la Zarzuela, se contenta con estrenar *La Huérfana de Bruselas*.

Varietades tambien varia hasta lo indecible, estando cerrado un día y no abriéndose al siguiente. El silencio mas sepulcral reina en él desde que le abandonó la compañía francesa, como si el dolor y la humillacion le hubieran hecho enmudecer.

Y ahora recordamos que os habíamos ofrecido hablar de esta compañía, promesa que no hemos podido cumplir, á causa de las muchas obras nuevas de que hemos tenido que ocuparnos: hoy ya no es tiempo de hacerlo, si es que no queremos parecernos á aquel célebre orador mesenio, que predicaba siempre contra las fiestas de Baco al día siguiente de haberse verificado.

De todas maneras, nada perdeis con que no os digamos que la compañía era detestable y propia de un café cantante, que las obras representadas no valian nada, eran muy conocidas y estaban llenas de chistes inconvenientes, que sin embargo la concurrencia nu-

merosísima y escogida aplaudia á rabiarse cosas que por honor de ella misma queremos creer que no comprendia, y que el empresario, al volver á Paris, debe haber dicho á sus compatriotas con razon muy sobrada, retorciéndose el bigote:

—¡Ah! ¡le drole de pays! Nous y allons avec des mauvaises vaudevilles et avec une très mauvaise troupe et tout Madrid est depeuplé pour nous recevoir et nous applaudir enrageusement. ¡Fí! Jugez de ses acteurs et de ses poètes.

¡Y luego nos quejamos de que nos calumien los extranjeros!

Avergoncémonos de nosotros mismos, y á otra cosa.

* *

Si la poesia se ha manifestado esta semana casi agonizante, su hermana la música no ha dejado en cambio de tener algun culto.

Además de las funciones del Teatro Real, á las cuales no nos ha sido posible asistir, ha tenido lugar en la noche del viernes un notable concierto clásico, el primero de los que piensa celebrar la empresa de *La España musical* en obsequio de sus suscritores.

Compúsose del trio segundo en *do menor*, de Mendelsohn, pieza admirable y difícilísima, no conocida del público de Madrid, y en nuestra opinion la mejor concertante que ha compuesto su autor, si bien se hace notar mucho mas por la brillantez de la instrumentacion y por el arte insuperable con que se halla escrita, que por la gráfica y completa expresion del sentimiento.

Siguió la sonata en *do sostenido menor*, de Beethoven, que ya conocíamos por haberla oido tocar á Teresa Carreño en el Conservatorio. Es una lindísima pieza con su *andante* sencillísimo pero bello, su *scherzo*, suave, jugueton, verdadero *scherzo* en toda la estension de la palabra, y su *allegro* difícil y de mucho efecto. Y para terminar tan agradable sesion, tocóse el cuarteto en *re* de Mozart, desconocido como el trio del público de Madrid y lleno de sentimiento y de inspiracion, principalmente en el *andante*, que es sin disputa la mejor de sus partes.

La ejecucion, encomendada á los Sres. Marquez, Carreras, Casella, Perez y Aranda, dejó plenamente satisfechos á los espectadores. Del Sr. Casella nada diremos, porque ya es justamente conocido y reputado del público; solo le aconsejariamos que suprimiera al tocar la multitud de gestos y contorsiones que hace con la cabeza y el cuerpo, como si la música le saliera á borbotones y con trabajo, en vista de que no son enteramente indispensables para tocar bien el violoncello. Si así lo hace, se lo agradecerán los concurrentes, y mas que nadie su espina dorsal.

Del señor Perez, baste afirmar que es el discípulo mas aprovechado del Sr. Monasterio, y el que mejor ha logrado imitar á su maestro; con esto hemos hecho su mayor elogio.

Finalmente, el jóven Sr. Aranda, primer premio del Conservatorio de Bruselas, con la pureza de su escuela, con la soltura, el buen tono y la limpieza de la ejecucion, dió una notable muestra de sus no comunes disposiciones de artista, que si sigue cultivando como hasta aquí le proporcionarán de seguro un brillante porvenir.

Antes de concluir, ocurrenos apuntar un hecho casi contradictorio que hemos observado tiempo hace en nuestro público.

Al paso que el sentimiento de la poesia se circunscribe, se materializa, se bastardea y hasta se borra poco á poco, el de la música se desarrolla y camina dada vez mas hácia el buen gusto, como lo prueban el concierto que acabamos de referir, los de Barbieri en el circo del Príncipe Alfonso y casi todas las noches durante el verano en los Campos Eliseos, y por fin, la Sociedad de cuartetos; hasta el extremo de que puede afirmarse que hoy por hoy la música es el arte mas asequible, mas buscada, mas aplaudida y mas espontáneamente *sentida* por la mayoría.

¿De qué proviene esto? ¿Será solo un hecho transitorio y accidental, ó será, como dice Hegel, la música

el arte propio de nuestra época por su carácter individual y *autonómico* por excelencia?

Cuestion es esta grave de resolver, y como sobre ella habria muchísimo que decir, la dejaremos íntegra para otro lugar en que tengamos mayor espacio, contentándonos por hoy con esponer el hecho, y adelantando, para concluir, que este amor casi exclusivo á la música es en nuestra opinion altamente lógico, y revela hasta cierto punto la falta de vigor de la concepcion artistica de nuestra época.

* *

En el teatro de la Zarzuela se anuncia *La varita de virtudes*, comedia de magia. Esta clase de obras va siendo tan frecuente en nuestros coliseos, que ya lo mágico es lo comun y ordinario, lo que vemos todos los días.

Lo ya verdaderamente inverosímil é inexplicable es una buena comedia, con sus recursos nuevos y naturales, con argumento interesante, con caracteres acabados, en una palabra, con condiciones de obra de primer orden. Esta si que seria hoy una verdadera comedia de magia.

Anoche debió estrenarse en el Príncipe la nueva obra de Gaspar, *La levita*. ¿Ha sido este jóven y distinguido poeta mas inteligente que en chismes, en sastrería?

La solucion en la Revista siguiente.

EMILIEO.

GALERIA DE FIGURAS DE CERA (1).

IX.

AMADOR DE LOS RIOS.

Vosotros, los que no os dedicais á las fatigosas investigaciones de la arqueologia, pasando las mejores horas del día en restaurar mentalmente los triglifos y métopas de un friso; vosotros no sabeis lo que es Amador de los Rios.

Vosotros, los que no empleais todos los tesoros de vuestra atencion y de vuestra facultad analitica en estudiar prácticamente la profunda ciencia de las inscripciones, royendo un adoquin sublime, y sobando un guijarro trascendental; vosotros no podreis comprender ese magnifico ejemplar paleográfico que se llama Amador de los Rios.

Vosotros, los que no habeis gastado vuestros dedos en las elucubraciones de la numismática, ni habeis rasguñado el verde cardenillo de una moneda antigua; vosotros no podeis medir el peso y la significacion histórica de esa medalla gótico-mozárabe-bizantina, que se conoce con el nombre de Amador de los Rios.

Vosotros, los que no perdeis la vista, la paciencia y el tiempo en revolver empolvados manuscritos, pergaminos ilegibles, arrugados *infolios*, pesados volúmenes incunables; vosotros no habeis leído ese curiosísimo código rotulado Amador de los Rios.

Vosotros...

Pero basta de vosotros y abandonemos este estilo monótono y plañidero. ¡Emplear cuatro versículos ó estrofas del genero lacrimatorio y quejumbroso para decir que la figura novena de esta galeria es un anticuario, un arqueólogo, un numismático y un erudito, reunidos en una sola persona, formando ese todo homogéneo que hace poco explicaba literatura extranjera en la Universidad y hoy dirige el Museo arqueológico, recientemente creado!

¿Habeis visto alguna vez un hombre de mediana estatura, mas bien grueso que flaco, moreno, de patillas negras, pero escasas y mal sembradas, de bigotes largos, de espejuelos generalmente claros, verdes alguna vez, montados siempre sobre una nariz de caballete, digna de una inscripcion? Pues ese es. Su andar es mesurado y grave, su apostura tranquila, su ademan serio, su mirada, mirada de anticuario: si pasais junto á él os clavará la vista con expresion serena é investigadora, como si creyera hallar en vuestra cara los rasgos de un palimpsesto. En su vestido, sin embargo, no hallareis aquel arcaismo persistente que constituye su individualidad. Leviton de moda, y un sombrero donde por mas que se

(1) Figuras descritas: Frontaura, Ferrer del Rio, Hartzenbusch, Bardou, Aguilera, Ayala, Castro, Moroa.